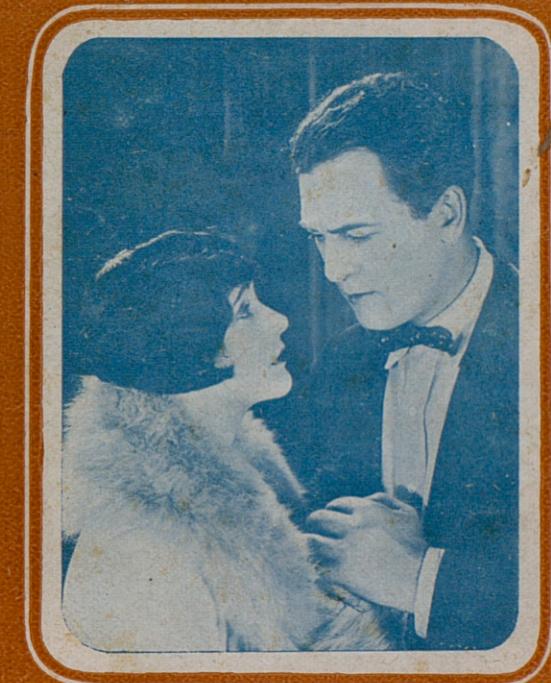


LA NOVELA FILM



N.º 134

30 cts.



CULPAS AJENAS

POR

THOMAS MEIGHAN, VIRGINIA VALLI, ETC.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651

Administración } BARCELONA

Año III

N.º 134



CULPAS AJENAS

Comedia dramática

interpretada por el prestigioso artista

THOMAS MEIGHAN

y la bella actriz **VIRGINIA VALLI**

Producción **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NATALIA KOVANKO

Pulpas ajena

Argumento de la película

En una de las riberas del caudaloso Hudson, no muy lejos de Nueva York, se extiende la plácida ciudad industrial de Riverview, rodeada de fábricas modernas y viejos hogares.

El señor Edwin Macauley había heredado un Banco y una honradez acrisolada de dos generaciones de banqueros lugareños.

Dos hijos tenía el señor Macauley, que eran su orgullo, llamados Edwin y Tomás, el mayor y menor, respectivamente.

Edwin estaba casado y, a su vez, contaba ya con dos hijos, una linda pareja y el más preciado juguete del abuelo.

Tomás seguía soltero... y no precisamente porque no tuviera ganas de casarse. Antes de contraer estado quería crearse una sólida situación consiguiendo, frecuentando la buena sociedad, excelentes clientes para el Banco de su

padre, en el que, al igual que Edwin, estaba empleado.

Elena, la esposa de Edwin, a pesar de querer mucho a su marido hubiese preferido casarse con un hombre adinerado y no con un hombre que manejaba dinero, como Edwin, que era el cajero del Banco.

Por asuntos puramente comerciales, Tomás se había ausentado de su casa para acompañar en una excursión marítima a varios ricos, con vistas a convencer a uno de éstos, el millonario Juan Branding, de depositar fondos en las arcas del Banco de Riverview.

Los periódicos publicaban la noticia de la excursión en yate, y entre los nombres de los expedicionarios figuraban el de Tomás y el de una viuda de Chicago, rica y bella.

Elena, al leer la gacetilla de los periódicos dijo a su marido, deseando figurar en la buena sociedad:

—¿Por qué no podemos hacer nosotros lo mismo? ¿Acaso sólo tu hermano tiene derecho a divertirse?

Edwin repuso:

—Tomás no pierde el tiempo, Elena. Lo que hace es dedicarse a pescar unos cuantos cuentacorrentistas gordos para el Banco.

A pesar de ello, Elena no quedó resignada. Su ambición no cabía en las cuatro paredes siempre iguales de su casa.

En otro hogar, la ausencia de Tomás inquietaba seriamente a una gentil persona, Nora

Brooks, que sentía por él algo más que simpatía...

Nora vivía con su hermana menor, Paulina, adorándose mutuamente.

Paulina, viendo la tristeza de su hermana le habló del ausente:

—¿Todavía continúas preocupada por Tomás?

—Hace diez días que se marchó y ni siquiera me ha escrito una tarjeta postal. Me parece que sus ocupaciones no deben ser tan importantes para llegar a no dejarle ni tiempo para escribirme.

—No sabemos la causa de su silencio, Nora. Espera que regrese y ya verás como él te da la satisfacción que te hará olvidar tu enojo.

Nora siguió esperando, anhelosa de volver a ver pronto a Tomás, nerviosa por su tardanza pero dispuesta a perdonar a cambio del placer de tenerle a su lado.

Pero Leoncio Morris, presidente del Banco "Riverview Trust Company", competidor del de los Macauley, y rival de Tomás en más de una empresa, se encargó de amargar la existencia de Nora insinuándole, pues la trataba amistosamente, que Tomás y la viuda del yate, señora Corning, parecían "conocerse de mucho tiempo".

No se equivocó Morris en su sospecha de lo que acarrearían sus insinuaciones, pues Nora, cuando Tomás se presentó en su casa, de regreso de la excursión marítima, para explicarle

el motivo de su ausencia y de su silencio, le recibió en la puerta.

Tomás sonreía. No dejaba de comprender que, a pesar de tener justificación su mutismo durante su ausencia, esa justificación era muy discutible. Y procuraba reconciliarse poco a poco con su amada.

—Bien, Nora... Ya que tienes una visita, no entro... Pero... ¿te gustaría ir a jugar un partidito de golf, mañana por la mañana?

—No. Tengo comprometida la mañana.

—Y ¿un paseo en auto mañana por la tarde?

—Tampoco.

Morris, que estaba en casa de Nora, para no perder ocasión de "vencer" a Tomás en la empresa en que intervenía su corazón, tosió ligeramente para revelar su presencia.

—¡Ah! ¿Morris es tu visita? Bien... Bien... Veo que se impacienta, y no es correcto que yo siga molestándote en la puerta, cuando tu deber es atenderle. Adiós.

Marchóse Tomás disgustado, pero sin perder su fe en Nora; y ésta, por su parte, no tuvo fuerzas para disimular a Morris su tristeza.

De casa de Nora trasladóse Tomás a la de su familia.

Salieron a recibirle en el jardín sus queridos sobrinos, para los que él era el mejor tío del mundo.

—¿Ya has vuelto del mar, títo? — preguntóle la niña.

—¿Quién os dijo que yo estaba en el mar, diablillos?

—Mamá fué; y dice que en vez de banquero debías haber sido marinero.

—¡Dios me libre de tal oficio, preciosos míos!



—¡Ya has vuelto del mar, tuito!

Si ahora quince días de separación de vosotros me parecen siglos, ¿qué me sucedería cuando la ausencia se prolongase meses y meses? ¡Ni pensarlo!

Al reunirse con su padre y su hermano, Tomás fué felicitado por ellos por los nuevos clientes que había logrado para el Banco.

El señor Macauley se mostraba muy contento, y le dijo:

—Si te fuese posible aplazar por unos días tus compromisos particulares, podrías ayudarnos en el Banco, el cual, con unas cuentas corrientes más, como las que has conseguido, no tardará en ser uno de los más fuertes del país. ¿Has logrado también convencer a Branding?

—Es cosa segura. Branding ha ganado setenta mil dólares sin moverse de su yate, y me ha prometido abrir una cuenta corriente en nuestro Banco.

—¿También tú has jugado a la Bolsa?

—No, papá... Pero te advierto que si hubiese seguido el consejo que me dió Branding, habría ganado una fortuna, comprando Petrolíferas Generales, que, según él, subirán otros treinta puntos.

Siguieron hablando padre e hijo, y el señor Macauley recomendaba a Tomás que no se librarse a operaciones bursátiles a la ligera, pues precisamente las Petrolíferas no le inspiraban confianza, y la fuerte subida le parecía presagio de catástrofe.

Pero, en tanto, Elena, tomando aparte a su marido, le decía:

—Ya lo has oído, Edwin. ¿Por qué no compras Petrolíferas, para ganar para nosotros unos cientos de dólares?

—La cosa no es muy segura, Elena; y yo no tengo dinero....

—¡Qué pocos nervios tienes, Edwin! Si no

té arriesgas, toda la vida tendrás que estar metido en la jaula del Banco.

—Paciencia, Elena, paciencia... Después de unos tiempos vienen otros...

—Sí. Iremos de peor en peor siempre.

Pasó una semana. Las palabras de Elena hicieron mella en el espíritu de Edwin, transformándose en verdadera obsesión; y ocurrió que, dejándose llevar de su deseo de ganar dinero para ofrecérselo a su esposa, el cajero echó mano de fondos del Banco.

El millonario Branding había asegurado que las Petrolíferas subirían... pero sucedió lo contrario; y Edwin recibió en el Banco el siguiente telegrama:

Debido a no haber liquidado saldo operación Petrolíferas Generales hemos cerrado cuenta.

Edwin quedó sin sangre. ¿Cómo salir del apuro? ¿Por qué se había aventurado en la ruinosa operación? ¡Oh! ¿Qué no haría para ocultar su ligereza?

Por su lado, Tomás, que a pesar de haberlo intentado varias veces no había podido entrevisitarse a solas con Nora, no perdía la esperanza de obtener su perdón, y al fin logró ser recibido por ella en su casa.

—Vamos a ver, Nora; ¿por qué estás tan resentida conmigo?

—¿Te parece poco haberte olvidado de mí durante quince días por culpa de esa señora Corning? ¡Ni siquiera me escribiste una tarjeta postal!

—No te escribí, porque todos los días creí que al siguiente podría volver a casa, pero no me atrevía a dejar el yate sin haber obtenido de Branding la promesa de ser cliente nuestro.

—Siempre se tiene un momento cuando se quiere.

—No te enfades, preciosa mía... y hablemos seriamente... ¿No te parece que ya va siendo hora de fijar la fecha de nuestra boda?

—Mucho corres, Tomás. ¡Si aun no me has preguntado si quería casarme contigo!

—Pero si hace varios años que estamos comprometidos!

—Por lo visto, tú lo crees así...

—Eh?

—Mañana por la noche te daré mi respuesta...

—Pero...

—Nada... nada... Mañana sabrás si acepto o no ser tu esposa. Figúrate... la cosa es muy seria...

—Estoy seguro que me dirás que sí.

—Yo no lo estoy tanto como tú.

—¡Qué malitas sois las mujeres!

—Pues ¿y los hombres?

—Hasta mañana... y a ver si nos casamos pronto.

Durante todo el resto del día, Edwin buscaba una solución a su angustioso caso; y no hallándola, decidió recurrir al banquero competidor, Leoncio Morris, a quien visitó en su casa.

Morris extrañó interiormente la inesperada visita de Edwin, y cuando éste le hubo puesto,

pálido y suplicante, al corriente de lo que le había sucedido, le respondió, fingiendo una compasión que no sentía:

—Bien, Macauley; nosotros los banqueros debemos ayudarnos mutuamente... Mañana por la



—No te enfades, preciosa mía... y hablemos seriamente...

mañana le prestaré ese dinero para que no le cierran la cuenta en el Banco de Nueva York.

—Gracias, Morris, Y, por supuesto, deseo que esto no salga de entre los dos.

—Naturalmente, Macauley.

Marchóse más tranquilo Edwin de casa de

Morris, pues estaba lejos de sospechar la doblez de su competidor.

Y entretanto, Morris pedía a la central de teléfonos comunicación con la interurbana, y dijo a la empleada de la misma:

—¿Puede darme una conferencia con Staley Woodford, Albany, inspector oficial de Bancos?... Sírvase avisarme en cuanto esté al habla.

El citado inspector no tardó en acudir a la conferencia telefónica, y Morris, el muy hipócrita y canalla, denunció al Banco de los Macauley como observándose en él anomalías.

**

Al día siguiente, Edwin fué muy temprano al Banco, en la confianza de que había logrado ocultar el desfalco, pero encontróse en la puerta con dos inspectores oficiales de Bancos, quienes se presentaron a él con la orden de sus jefes de examinar los libros.

Edwin no pudo negarse a la inspección, y el temor de que los peritos contables encontrasen la diferencia en caja empleada en la compra de Petrolíferas, le desesperaba y sumía a un tiempo en el abismo de la inconsciencia. No sabía qué hacer, y lo mismo se indignaba que calmábase como si se entregara al sueño plácido después de una pesadilla.

Ajenos a lo que ocurría, el señor Macauley y Tomás se desayunaban.

El señor Macauley, habiendo comprobado que Tomás acudía al Banco todos los días puntual-

mente y salía de él mucho más tarde que el último de los empleados en abandonar el trabajo, no pudo menos de elogiar su conducta.

—Me gusta verte apegado al trabajo como tu hermano. Quiero que el trabajo y la honestidad sean vuestro orgullo, como son el mío, y como fueron el de mi padre y el de mi abuelo.

—Ya sabes, papá, que Edwin y yo procuramos parecernos a vosotros.

Un criado, que acababa de ponerse al teléfono, interrumpió la plática de padre e hijo, avisando a Tomás que le llamaban al aparato.

Tomás reconoció en la voz a su hermano.

—¿Qué pasa, Edwin?

—Cuida de que nadie te oiga pronunciar mi nombre, para que no se sepa que estás hablando conmigo. Lo que pasa no te lo puedo explicar por teléfono. ¡Tomás, me encuentro en un apuro tremendo! ¡Ven en seguida, y no le digas nada a papá!

Tomás fué al momento a reunirse con su hermano.

Edwin, después de haber telefoneado a Tomás, lo hizo a Morris, a quien preguntó si mantenía su promesa de la víspera.

—Claro que estoy dispuesto a cumplir mi promesa — respondió el astuto competidor—, pero necesito la firma de su hermano.

—Está bien. Gracias. Dentro de poco irá a verle mi hermano.

Tomás, al llegar al Banco, sorprendióse al ver a los inspectores examinando los libros.

—¿Qué ocurre? — preguntó a su hermano, reuniéndosele en el despacho de la gerencia.

Acobardado por el golpe que le asentaba el destino, Edwin confesó el desfalco:

—Nos faltan en la caja cuarenta mil dólares. Se los he pedido prestados a Leoncio Morris, y tendrás que ir tú por ellos, pues yo no puedo salir de aquí.

—Pero ¿qué has hecho, Edwin? ¿Cómo te atreviste a sacar dinero de la caja?

—No sé, Tomás, no sé...

—¡Qué vergüenza pedirle dinero a Morris!

—Era el único que podía salvarnos. Fuí a verle como banquero, y como tal nos hará el préstamo.

—Yo no puedo ir a ver a ese hombre... no puedo...

—Hazlo por mí, Tomás. Debemos evitar a nuestro padre el disgusto de enterarse de esto.

—Está bien... Iré... Pero conste que lo hago por nuestro padre y por ti.

Tomás salió del Banco y fué a casa de Morris, quien le recibió con falsa simpatía.

—¿Viene usted a recoger el dinero que me pidió su hermano? Lo tenía ya preparado. Tenga usted, y ánimo. ¿Quiere usted firmarme este recibo?

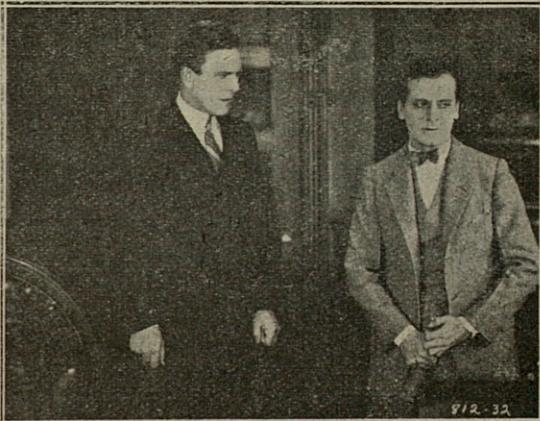
—Sí, Morris... y gracias... por mi padre y por mi hermano.

—Esto no vale nada, Macauley... Cualquier día puedo encontrarme yo en un apuro pare-

cido y tener necesidad de pedir a ustedes el mismo favor para salir del paso.

Tomás guardóse el dinero prestado y emprendió el camino de regreso al Banco.

Pero Morris, cuyo plan se realizaba sin difi-



—Pero ¿qué has hecho, Edwin? ¿Cómo te atreviste a sacar dinero de la caja?

cultad, apenas Tomás hubo salido de su casa, telefoneó a los inspectores que examinaban los libros en el Banco de los Macauley.

—Me han dicho — informó al inspector que se puso en el aparato —, que Tomás Macauley anda por ahí buscando dinero para cubrir una

diferencia de alguna importancia que deben tener en la caja.

Los inspectores cambiaron entre sí algunas palabras, y cuando vieron llegar a Tomás, que depositó el dinero prestado por Morris en un cajoncito de depósitos, le detuvieron.

—Usted no ignora que manipular con las existencias del Banco durante la inspección, es un delito castigado severamente por nuestras leyes. Le ruego que no salga del Banco hasta que haya dado parte de todo esto al Juez del Distrito.

La situación era crítica. Edwin, previendo lo que iba a ocurrir interviniendo en el asunto el Juez, dijo a Tomás, lagrimeándole los ojos:

—Tomé el dinero de la caja para comprar Petrolíferas Generales. Tú dijiste que Branding afirmaba que existía la seguridad de que iban a subir otros treinta enteros... ¡Ayúdame a salir de este mal paso! ¡Piensa en mi mujer y en mis hijos!

Tomás analizó la situación y tuvo piedad de su hermano, de su mujer y, sobre todo, de sus hijitos.

—No te apures, Edwin... Yo responderé de todo.

La noticia corrió como el huracán. La presencia de los inspectores y del Juez en el Banco era de muy mal agüero.

Los clientes, alarmados, acudieron a la reja de la caja a retirar sus depósitos.

Morris, por su parte, encargóse de despres-
tigiar a Tomás ante Nora.

—Era fatal, Nora... La cosa tiene mal aspec-
to para Tomás... Dicen que derrochó mucho di-
nero en francachelas durante su excursión ma-
rítima y que gastó grandes sumas en regalos pa-
ra la señora Corning.

Dolorida, Nora acudió al Banco, llegando en
el momento que el Juez ordenaba, en vista de
la alarma de la gente, su cierre, toda vez que
no se conocía todavía el resultado de la inspec-
ción.

Nora creyó, a pesar de sus esfuerzos en re-
sistirse a ello, que Tomás había hecho lo que
Morris acababa de decirle, y su dolor no co-
noció límite.

El señor Macauley llegó al Banco cuando el
Juez ordenaba la detención de Tomás, "por ha-
ber cubierto el desfalco de cuarenta mil dóla-
res yéndolos a buscar a otra parte para burlar
a los inspectores".

—Pero ¿qué ocurre, señores? — inquirió el
honrado banquero.

Le explicaron lo sucedido, y airado, el padre
censuró con dureza al inocente Tomás.

—¡No mereces que te mire la cara! ¡Estas
son las consecuencias de tu conducta!

Tomás curvó la cabeza sobre su pecho. Por
un momento sintió que sus fuerzas flaqueaban
y que iba a proclamar su inocencia, explicando
la verdad. Pero... por la esposa ambiciosa y por
los niños de Edwin calló.

El culpable, agradecido, estrechóle las ma-
nos, suplicándole que supiese resistir.

Y Tomás fué conducido a la cárcel.

**

Cuando terminó la vista de su causa, To-
más, abandonado por todos, incluso por su pro-
pío padre, escuchó impasible su sentencia: de
dos a diez años de encierro en el presidio de
Sing Sing.

Entretanto Morris había conseguido su obje-
to: quedarse con el Banco de Macauley y su-
primir con ello toda competencia en Riverview.

En el presidio, dentro de cuyos muros todos son
iguales, Tomás granjeóse las simpatías de sus
compañeros, que le trataban con mucha consi-
deración.

Debido a su conducta, trasladáronle de tra-
bajos pesados a la cuadrilla del jardinero, que
resultaba ser de su mismo pueblo.

William, alias "Río Hudson", llamado por
sus compañeros de presidio "El Optimista", ha-
bía convertido el agreste patio del presidio en
un jardín de flores.

A las órdenes de William iba a trabajar To-
más.

Uno de los que formaban parte de la cu-
adrilla del jardinero era Smith, un ladrón muy
conocido entre la gente maleante de Nueva
York, a quien, por ser la antítesis de "Río Hud-
son", sus compañeros llamaban "El Pesimista".

Al presentarse Tomás ante él, díjole William:

—No sabe usted cuánto me duele verle aquí, señor Macauley. ¡La suerte perra le juega a uno cada trastada! Y ya lo sabe usted, cuente con-



El culpable, agradecido, estrechóle las manos, suplicándole que supiese resistir.

migo si en algo puedo serle útil gracias a mi empleo.

.....

Pasaron varios meses sin que Tomás recibiera la menor noticia del hermano que salvó ni de la mujer a quien amaba, y, a pesar de ello,

el infeliz recluso no daba a sus compañeros la más mínima prueba de la amargura que ahoga ba su corazón.

Smith, que, por ser buen amigo de William se había hecho buen amigo de Tomás, dió a éste, cierto día, una tarjeta con mucha discreción, diciéndole:

—Guárdate eso, compañero. Es la dirección del Club Morton, en el que nos reunimos nosotros cuando estamos en Nueva York... No te olvides de ir a visitarnos cuando salgas de aquí.

Tomás guardó la tarjeta, sin pensar en que, tal vez, necesitaría acudir al Club Morton al salir del presidio; y como su conducta era ejemplar, un celador, que vió los manejos de Smith, advirtióle:

—No olvide usted, Macauley, que en el presidio también es cierto aquel refrán que dice: "Dime con quien andas y te diré quien eres". El Smith ese es un punto de mucho cuidado.

—¡Bah! No es tan fiero el león como lo pintan. A veces uno es malo porque le obligan a serlo. De todos modos, gracias por el aviso.

Morris, el muy bellaco, sabía perfectamente que la gratitud y el amor suelen andar muy cerca la una del otro, y el astuto banquero trataba de atraerse a Nora extremando su amabilidad con Paulina.

Nora le expresó, cierta tarde, su contento.

—Jamás podré pagarle a usted las atenciones que tiene con mi hermana.

Morris sonrió... y acercándose a Nora, repuso:

—Hay un medio de pagármelas.

—¿Cómo?...

—Hace mucho tiempo que la quiero a usted. Dos muchachas solas en esta casa, no están ustedes bien, Nora... Yo, solo, vivo también muy triste... ¿No me contesta usted nada?

—No sé, Morris, no sé...

—A mi lado tendría usted felicidad de esposa adorada y su hermana todo nuestro cariño. ¿Acepta usted?

—No me pida que le dé una contestación esta misma noche... Se lo suplico... ¡Quién sabe!...

Marchóse Morris muy esperanzado, y al quedar solas las dos hermanas, dijo Nora a Paulina, pensando en el bienestar de ésta:

—Paulina, voy a casarme con el señor Morris.

—¡Ah! ¿De modo que lequieres?

—Estás contenta?

—El señor Morris se ha portado como un padre conmigo... y no me desagradará, si es verdad que tú le amas... que se case contigo.

Después de algún tiempo, Tomás fué nombrado capataz de los presos de confianza, y se le destinó a la oficina de registro, fuera de los muros del presidio.

William y Smith fueron licenciados y se despidieron de él.

—No nos tengas envidia, que pronto saldrás también tú de aquí... Cuando estés en Nueva York no dejes de ir a verme al Club Morton —le dijo Smith.

Pero William atajó:

—No le hagas caso, Tomás... Tú no eres de nuestra calaña.

—Adiós, amigos, adiós, y procurad no poner más los pies en estos suelos...

Unos días después, Tomás recibió la visita de su hermano, que estaba desconocido por los malos negocios y los sufrimientos.

Era día de visita en el presidio, y entre las sentimentales escenas que se desarrollaban en la amplia sala de recibo, la de los dos hermanos era una de las más conmovedoras.

Después de hablar de sí mismos y disculparse el visitante de sus escasas cartas y visitas, justificándose explicándole su deseo de ocultarle la dolorosa situación que atravesaban todos desde que él estaba preso y desde la infame jugada de Morris quitándoles el Banco para cobrarse su crédito, Edwin habló a su hermano de su padre.

—Tomás, a papá no le queda mucho tiempo de vida. Anoche, cuando salí de casa para venir a verte, no estaba muy bien, y, antes de que se nos vaya, quiero que sepa la verdad de todo. Estuve en Albany y me enteré de la traición de Morris. El fué quien avisó a los inspectores, primero, y luego, cuando tú saliste de su casa, te denunció a ellos para que te prendiesen

al llegar al Banco con el dinero. El muy miserable quería perderte y arruinar nuestro Banco. Y consiguió las dos cosas. De modo que debo rehabilitarte en seguida. He conseguido del alcaide que te permita ir a ver a nuestro padre, acompañado de dos empleados de aquí. ¿Irás?

—Sí, Edwin... iré.

Pero cuando Tomás se disponía a esperar órdenes del alcaide para salir del presidio con su hermano, recibió de manos del propio alcaide un telegrama de luto. Era de Elena. Anunciaba la muerte del señor Macauley aquel mismo día.

Los dos hermanos se miraron con intensa amargura, y, llorando la muerte del querido viejo, estrecharonse frenéticamente entre sus brazos.

**

En atención a su buena conducta, la condena de Tomás había sido reducida al mínimo. Todo su trabajo estaba fuera de los muros del presidio, y sólo le faltaba un mes para obtener su libertad absoluta.

El azar le proporcionó la sorpresa de enterarse de una noticia que hirió mortalmente su corazón. Leía un periódico de Riverview y fijóse de pronto en el siguiente eco de sociedad:

BODA DE UN BANQUERO CON UNA JOVEN DE MODESTA FAMILIA

La señorita Nora Brooks y el señor Leoncio A. Morris, ambos muy conocidos en esta ciudad, contraerán hoy matrimonio. La ceremonia se

efectuará a las nueve de la noche en el domicilio de la novia.

Los ojos de Tomás relampaguearon de ferocidad.

¡Casarse Nora con Morris! La ola de resentimientos que había estado contenida durante tantos meses, tornóse repentinamente en una tempestad de deseos de venganza... ¡Había que evitar aquella boda a toda costa! ¡Ella tenía que saber la verdad antes de que fuese demasiado tarde!

Aprovechándose de la libertad que le concedía su cargo, abusó de ella para salir del presidio, borrando de su exaltado espíritu cualquier otra idea que no fuera la de impedir la boda.

Pero llegó demasiado tarde. Nora estaba en su habitación, preparándose para salir de viaje con Morris, que ya era su marido, cuando presentóse ante ella el recluso.

—Eh! ¡Tú, Tomás! — exclamó Nora.

—No te asustes. No soy un hombre malo, Nora. He venido a decirte, fugándome del presidio, que haces mal en casarte con ese hombre. Estoy seguro de que, cuando hayas escuchado lo que voy a decirte, le aborrecerás.

—Es tarde ya, Tomás! Acabo de casarme con él.

—Debí suponerlo... ¡Me despreciaste a mí para casarte con el causante de mi ruina!

—No hables así de él, Tomás... Te lo suplico...

—He de hacerlo, Nora. Antes de marcharme, has de oír la verdad acerca de ese malvado.

Nora quería resistirse, pues Morris era su marido y suponía que Tomás obraba impulsado por los celos; pero apenas éste empezó el relato de la crueldad del rival, le escuchó aterrada.

—...Y así — terminó Tomás—, fríamente, planeó él mi ruina y la quiebra de nuestro Banco; ruina y quiebra que fueron la causa de la muerte de mi padre. ¡He de liquidar con el ladrón de la mujer a quien yo amaba, la cuenta que ambos tenemos pendiente, aunque tenga que pasarme en presidio lo que me resta de vida!

Morris había estado escuchando estas últimas palabras detrás de la puerta de la habitación de Nora, al ir a recogerla para marcharse; y, presa de miedo, apartóse de ella para refugiarse en sitio seguro en la casa.

Nora quedó llorando al partir Tomás para reintegrarse al presidio, arrepintiéndose de haber dado oídas a las pretensiones de Morris, que resultaba ser un miserable sin nombre.

Al día siguiente llegó Tomás al presidio, presentándose inmediatamente ante el alcaide, seguro de recibir un castigo ejemplar.

—Reconozco mi culpa, señor alcaide, y me someto al castigo que tenga usted a bien imponearme.

—¿No recuerda usted cuál es?

—Sí, señor alcaide... Sé lo que mi fuga sig-

nifica: cumplir el máximo de mi condena... ¡Estoy conforme!

—No tema usted nada, Macauley. Eso no será. Es muy posible que esté yo más enterado que usted mismo de lo que a usted le pasa... Ha regresado voluntariamente, y no lo olvidaré cuando llegue la ocasión.

Y no hubo el temido castigo; pero Tomás veía llegar el día de su libertad sin la menor alegría. Sólo el deseo de venganza le animaba a abandonar los muros del presidio.

Cuando ese día llegó, dijo al alcaide, al disponerse a salir:

—Señor alcaide, no me despido de usted ni me llevo mis cosas... Es muy posible que vuelva pronto.

.....

Al llegar a Nueva York, Tomás fué al encuentro de sus dos compañeros de encierro, William y Smith, al Club Morton.

La alegría de los amigos fué extraordinaria, y se disponían a celebrarla.

—No he venido en son de fiesta, sino de trabajo — dijo Tomás con gravedad—. Tengo que ir a mi pueblo a liquidar un asunto pendiente y quiero que me acompañéis los dos.

Enterado de lo que pretendía Tomás, William trató de quitarle de la cabeza su idea.

—Olvídalos todo, Tomás. Tú eres un caballero, y esos asuntos no son propios de un hombre como tú.

—Estoy completamente decidido, y, si tenéis miedo, lo arreglaré yo solo.

—¡No, Tomás! En ese caso te acompañamos y te ayudaremos.

Aquella misma noche, en Riverview, Tomás dijo a William:

—Vete a la estación del ferrocarril, llama por teléfono a la interurbana y pide una conferencia con este número, que es el del teléfono del inspector oficial de Bancos. Le dirás que crees que en el Banco de Morris hay un desfalco de importancia.

Smith acompañó a Williams, y Tomás dirigióse a casa de Morris, para ajustarle las cuentas.

Morris fumaba tranquilamente en su despacho, y su sorpresa fué inmensa al ver a Tomás. Pretendió, como los cobardes, fingir amistad, sonriéndole; pero Tomás no se entretuvo en disimular.

—Voy a hacer que le lleven a usted a presidio por la misma causa de que usted se valió para hacer que me llevaran a mí; con la diferencia de que usted es un verdadero ladrón.

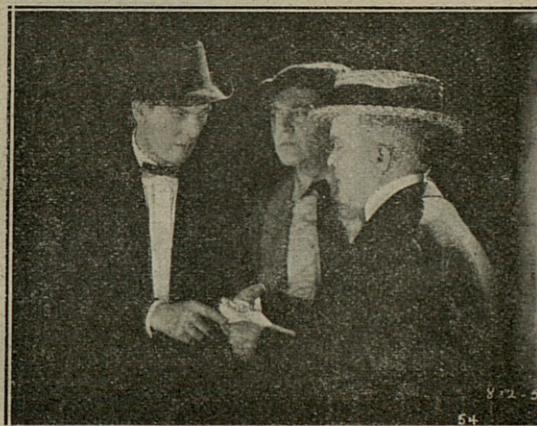
—¿Qué dice usted? — protestó Morris.

—Los inspectores de Bancos llegarán mañana por la mañana y encontrarán un desfalco en la caja de su Banco — prosiguió Tomás fríamente.

—¿Cómo ha sabido usted que hay un desfalco? — gritó Morris.

—No era difícil figurárselo conociéndole a usted, pero ahora estoy seguro de que lo hay.

Iracundo, Morris pretendía agredir con una botella a Tomás, mas éste le detuvo el brazo oportunamente y continuó:

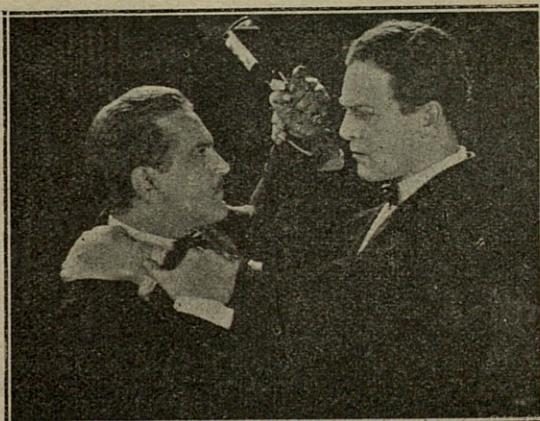


872-5
54

—Vete a la estación del ferrocarril, llama por teléfono a la interurbana y pide una conferencia con este número.

—¡Voy a mandar a usted al mismo sitio que usted me mandó! ¡Tendrá usted que sufrir lo mismo que yo sufrió! ¡Y usted y su esposa quedarán marcados con el mismo estigma de infamia con que usted nos marcó a mí y a mi fa-

milia! ¡Hizo usted, a fuerza de calumnias, que me odiara la mujer que yo quería, y yo voy a hacer que esa misma mujer, que es su esposa, le aborreza a usted al hacerse patentes las maldades de que es usted capaz!



Iracundo, Morris pretendió agredir con una botella a Tomás.

Morris llamó al criado y consiguió aplacar la ira de Tomás diciendo a aquél que le preparase el equipaje para llevárselo al Hotel Biltmore al día siguiente a mediodía, para partir hacia Sudamérica. Le haría vigilar por William y Smith, dispuestos a todo.

Morris, separándose bruscamente de Tomás, dirigióse al Banco, en tanto que Tomás veía llegar hacia sí a Nora, procedente de la calle, entrando en la casa por la puerta de servicio.

Tomás la miraba con severidad... pero no tan severo como pensaba que tendría la fuerza de serlo.

—Me han dicho que estabas aquí... — murmuró Nora al alcanzarle—. Me ha dado miedo pensar que podías hacer un disparate, y he venido corriendo.

Tomás atribuyó el aviso a William, que había querido evitarle un encuentro con Morris procurando que se anticipase a recibirla Nora, para disuadirle de su intento de venganza.

Nora le miraba con cariño, pero él no pronunció ni una sola palabra.

—Tomás, si supieras cuánto me alegra de verte tranquilo y de saber que no ha ocurrido nada...

—Bueno, bueno... No te molestes en mentir...

—Tomás, no me desprecies. ¿No recibiste mi carta?

—¡La rompí!

—No debías hacerlo. Te escribí contándotelo todo. La fiesta de mi boda acabó trágicamente. Me di cuenta, por lo que tú me dijiste, de quién era mi marido, y no he vuelto a verle desde entonces... ¡Pero, piensa, Tomás, que Leoncio es mi marido ante Dios y ante los hombres y que, mientras él viva, no debes pensar en mí!... ¡Conformémonos con nuestra suer-

te, y renuncia a toda idea de venganza, Tomás!

Tomás sonrió al fin y contestó a Nora con ternura:

—Pues mira, Nora, he venido aquí impulsado por mi deseo de venganza, pero después de



—Tomás, no me desprecies... ¿No recibiste mi carta?

oírte no puedo odiar a nadie, ni siquiera a Leoncio.

Morris, el villano, había ido al Banco y, llevándose un maletín con el dinero de la caja, pretendía huir lejos, al extranjero, robando a todos sus clientes.

El sereno, no reconociéndole, creyó que era un ladrón y, al salir precipitadamente a la calle Morris, le disparó un tiro, alcanzándole en la espalda, matándole instantáneamente.

Al darse cuenta el sereno del Banco de que había matado a su amo tomándolo por un ladrón, le faltó tiempo para avisar por teléfono al criado de Morris, y Nora y Tomás, a pesar de todo apesadumbrados, enteráronse de la desgracia... que castigaba la maldad del muerto.

.....
Y un año más tarde, Tomás y Nora se casaron... y en su jardín trabajaban, para transformarlo en edén encantador, William y Smith, a quienes el matrimonio, a juzgar por la felicidad de Tomás y Nora, les parecía el mejor refugio para su completa regeneración.

FIN

LEA USTED
EL GRAN DESFILE

A T I E N C I Ó N

Encargue hoy mismo a su quiosco el
NÚMERO ALMANAQUE
de La Novela Semanal Cinematográfica 1927
próximo a salir.
¡ES UN BUEN CONSEJO!
¡LOCURA EDITORIAL!

LA VIUDA ALEGRE y EL GRAN DESFILE

(Preciosos libros de la nueva colección de «La Novela Semanal Cinematográfica». Ediciones Especiales)
se han agotado apenas puestos a la venta.

El próximo número, **MIGUEL STROGOFF, O EL CORREO DEL ZAR** (por Ivan Mosjoukine, Natalia Kovanko y Tina Meller) se agotará antes de salir, porque los encargos son numerosos. ¡Lean ustedes lo que dice la crítica en general de nuestros libros! «Son un modelo en su género.»

Al éxito de «Los Grandes Films» **EL DIA-BLO SANTIFICADO**, por R. Valentino y **LA CALLE DEL OLVIDO**, por Mary Brian, Percy Marmont y Neil Hamilton seguirá esta semana **¿DEBEN TENER HIJOS LOS POBRES?**

¡Formidable asunto! ¡Sin comentarios!
Lea usted la colección de «Los Grandes Films»

EN BREVE

se pondrá a la venta
el espléndido

NÚMERO ALMANAQUE

DE



La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujo

ALBUM

para colecciónar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica

32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡LO MÁS GRANDIOSO!

J. Horta, impresor. - Barcelona